

David Safier

Miss Merkel. El caso
del jardinero enterrado





Seix Barral Biblioteca Formentor

David Safier
Miss Merkel. El caso
del jardinero enterrado

Traducción del alemán por
María José Díez Pérez

Título original: *Miss Merkel. Mord auf dem Friedhof*

© Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg, 2022

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-322-4120-8

Depósito legal: B. 15.488-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

—«*Duérmete, niñito, el presidente del partido es un borrico*» —cantaba Angela al pequeño que tenía delante, en el cochecito de flores—, «*El de Baviera es otro animal, qué culpa la pobre Angela tendrá...*».

El niño cerró por fin los ojos y Angela se sintió aliviada de poder dejar de cantar mientras empujaba el carrito por el reluciente adoquinado de la Plaza Mayor de Klein-Freudenstadt. Ya tenía suficiente con que los vecinos de la pequeña localidad la observaran curiosos —con la americana anudada a la cintura y la blusa ligeramente sudada por las axilas—, no era necesario que además se rieran si oían la maliciosa cancioncilla. Angela era muy consciente de cuáles eran sus puntos débiles. Sabía que no era una oradora apasionada y, por ello, siempre había evitado pronunciar discursos apasionados. También sabía que la melena, que le llegaba por los hombros, era rebelde, razón por la cual iba a la peluquería cada cuatro semanas (aunque aún tenía que acostumbrarse a Silvio, su nuevo peluquero, y a su tendencia a cotillear; comparado con él, el tabloide *Bild* era discreto). Pero, sobre todo, Angela sabía que cantar no era lo suyo. En concreto, desde aquel

día en sexto curso en el que su profesora de música, la señora Pühn, le pidió: «Angela, haz el favor de no cantar más el canon, haces que los demás se pierdan». Aunque su marido, Achim, siempre había calificado amablemente su manera de cantar como «original», el otro día, mientras Angela canturreaba en la ducha alguna canción punk de Nina Hagen, lo había oído cerrar la puerta del despacho. Pero ahora, ante ella, tenía en el cochecito a la única criatura en todo el mundo globalizado a la que parecía gustarle su forma de cantar: el pequeño Adrian Ángel. Su madre, Marie, le había puesto el segundo nombre en honor a Angela, para agradecerle que hubiese estado a su lado en el parto y que hubiera investigado el asesinato del padre de la criatura, el barón Philipp von Baugenwitz. Y ese angelito era una de las debilidades de Angela. Pero una debilidad de las buenas. Cada vez que lo miraba, se le alegraba el corazón. Pero qué bobada era esa, ¡se le alegraba el alma entera! Su cercanía le proporcionaba tanta satisfacción como sus mayores triunfos en política. Solo que de una manera completamente distinta. ¿Era eso el instinto maternal?

Angela nunca se habría imaginado que su vida en Klein-Freudenstadt llegaría a ser así. Ni en los momentos felices ni en los más bien aburridos, que también conocía. Ahora disponía de tiempo para salir a pasear con el cochecito, porque por lo demás no tenía nada que hacer. Había abjurado de la política y a lo largo de los últimos meses había removido varias veces la tierra del jardín de su casita con entramado de madera. A su nuevo pasatiempo, hacer una tarta al día, había tenido que renunciar. Los dos sintecho de Klein-Freudenstadt, a los que siempre daban lo que quedaba de las tartas, habían dicho cosas como: «Uf, hoy no, por favor, ya no me abrochan

los pantalones». O: «¿No podría hacer hamburguesas, para variar?».

Pensándolo bien, desde que se había jubilado, Angela solo se había sentido viva de verdad cuando investigó la serie de asesinatos que se habían cometido. Pero ¿con qué frecuencia se perpetraría un acto cruento en una localidad tan pequeña? A fin de cuentas, Klein-Freudenstadt, en Uckermark, no era Cabot Cove, de la serie *Se ha escrito un crimen*. En ese pueblecito de Maine liquidaban a entre una y tres personas cada semana y, al reducir la población de ese modo, de paso solucionaban el problema de las emisiones de CO₂ de una manera original. Aunque sabía perfectamente que no estaba bien desear que hubiese más asesinatos en Klein-Freudenstadt, Angela se sorprendió pensando que un caso nuevo sin duda le alegraría la vida.

La idea la hizo esbozar una sonrisilla mientras pasaba por delante de los puestos del mercado con el cochecito. En el mostrador del de los quesos se apilaba un apestoso queso de corteza anaranjada del que hasta los suizos dirían: «Con este olor se podría matar incluso a una vaca». Angela, que se avergonzó de su moralmente reprochable deseo de que aparecieran nuevos cadáveres, se dijo, reprimiéndose:

—Desear algo así no está bien.

—Vaya, conque ahora hablamos solas, ¿eh? —oyó decir a una voz.

Angela se asustó: al parecer había expresado en voz alta sus pensamientos. Hasta el momento eso solo le había pasado una vez, cuando conoció a Donald Trump y se le escapó en voz baja: «Anda, si es más naranja aún que en la tele». Menos mal que el intérprete tuvo la amabilidad de traducir la frase como: «*Orange is her favourite color*».

Angela pensó que hablar sola tenía que deberse a una combinación de calor y aburrimiento. No podía permitir que le volviera a pasar. Y menos delante de la mujer que acababa de dirigirle la palabra: la mujer con peto del puesto de frutas, que aparte era presidenta territorial de la AfD, el partido de extrema derecha. Por supuesto, a Angela no la unía nada a ella, salvo una antipatía mutua y que ambas tenían el mismo nombre de pila. Iba a pasar por delante de prisa cuando la frutera añadió algo sorprendente:

—Me gustaría pedirle disculpas.

Angela no podía creer que estuviera hablándole a ella, así que se volvió para ver si había otra persona.

—Se lo decía a usted.

—¿Y por qué se quiere disculpar? —Angela se acercó con el cochecito.

—Desde luego no porque su política me parezca una mierda —repuso la mujer con una sonrisa sarcástica.

—Me habría sorprendido.

—Ni porque me guste criticar su peinado.

—¿Eso hace? —Angela estaba indignada. Le gustaba el peinado que llevaba. ¡Y mucho!

—Con Silvio.

—¿Con Silvio?

—El peluquero.

—Sé quién es Silvio.

A Angela le costaba disimular la ira. Sobre todo, hacia el que regentaba el salón Haar Kreativ. ¿Cómo se le ocurría ponerla verde a sus espaldas? Solo porque siempre rechazase sus propuestas de proporcionarle un nuevo *look* «más fresco», «más moderno» y «más fashionista»... incluso había utilizado la palabra *seductor*. ¡*Seducitor!* No era como si estando casada, a su edad y con la vida que

llevaba pretendiera seducir a ningún hombre. ¿Y ahora encima iba por ahí criticándola, como los presidentes de los estados federados durante la crisis del coronavirus? La próxima vez que fuera al salón, sería a él a quien se le caería el pelo.

—Si lo sabe, ¿para qué pregunta? —inquirió, risueña, la frutera.

—Lo que me pregunto es para qué me molesto en hablar con usted.

—Porque me quiero disculpar, de verdad.

—Pues discúlpese.

—Es que me cuesta —admitió la Angela frutera.

—No me había dado cuenta.

—Usted salvó mi forma de ganarme la vida. Si no hubiera esclarecido el asesinato de Philipp, habrían vendido el castillo al inversor estadounidense y yo no habría podido seguir arrendando las tierras para explotar mi finca. Pero gracias a usted puedo seguir haciéndolo.

—Debería agradecersele a Marie.

El pequeño Adrian Ángel era el heredero de la fortuna familiar, que administraría su madre, Marie, hasta que alcanzara la mayoría de edad. Marie, que hacía unos meses aún recibía la prestación social, no tenía el menor interés en vender la propiedad. Angela sabía que a la vendedora de fruta posiblemente le costaría más aún darle las gracias a Marie, puesto que esta era negra y la presidenta territorial de la AfD no era precisamente una defensora de los derechos de las minorías.

—También lo haré —aseguró la Angela frutera, y pareció sorprendentemente sincera—. Pero primero le doy las gracias a usted por haber resuelto el asesinato. Y le pido perdón por haberla considerado una detective aficionada ridícula, porque lo cierto es que es una investiga-

dora condenadamente buena. —Sintiéndose halagada, Angela luchó por no sonreír... y perdió—. Si vuelve a haber un asesinato, la ayudaré. Prometido.

—No creo que en un futuro cercano vayan a asesinar a otra persona en este sitio —respondió Angela, y le sorprendió escuchar una vocecita en su interior que decía: «La esperanza es lo último que se pierde».

—Probablemente no —sonrió la frutera. Angela supuso que por eso le resultaba tan fácil a la mujer ofrecerle su ayuda—. Por cierto, ¿cómo es que va por ahí sola con el cochecito? ¿Dónde están su marido, su perro y su gorila?

Con «su gorila» se refería a Mike, el guardaespaldas de Angela. Esta había logrado convencerlo de que de vez en cuando podía salir ella sola por el pueblo. La probabilidad de que el autor de un atentado acabase en Klein-Freudenstadt no era muy alta. En lugar de acompañar a Angela, en ese momento Mike estaba montando la cunita del pequeño Adrian Ángel. Y también cuidando de Putin. No el presidente ruso, sino el carlino de Angela, que se llamaba así. La excanciller no se había llevado al perro porque, con el calor del verano, al animalito le hacía la misma gracia pasear que a su marido escuchar música punk. Además, Putin se ponía celoso cuando Angela le prestaba demasiada atención al niño. En una ocasión en que le cantó una canción especialmente larga al pequeño Adrian, Putin hizo caca en un rincón del salón a modo de protesta. En ese momento Angela se dio cuenta de los celos que sentía su carlino, aunque Mike farfullara en voz muy baja: «Puede que lo haya hecho por cómo cantabas». Desde entonces Angela le hacía muchos mimos a su «conejito lindo», como llamaba a Putin, para que no se sintiera desatendido.

¿Y su marido? Pues esos días estaba en los Pirineos disfrutando de sus tres semanas de senderismo anuales con Tommy, su amigo de la facultad. Angela empezaba a echar de menos a su Achim, algo que también era nuevo para ella: antes, cuando viajaba por el mundo, siempre dejaba a su marido en Berlín. Él nunca se había quejado, aunque bien podría haberlo hecho de vez en cuando por educación, así Angela no habría acabado abrigando la sospecha de que le iba de perlas que ella estuviese tanto tiempo fuera para poder entregarse a sus pasiones: la química cuántica, el rock de los años sesenta y jugar al Scrabble. Sea como fuere, Angela se propuso no ponerse a refunfuñar ella ahora, aunque se sentía un poco sola cuando por la noche se veía en la cama sin él. Deseaba que Achim volviera ya a casa, pero, por desgracia, aún tardaría una semana.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la Angela frutera, sorprendentemente sin hostilidad.

Así y todo, Angela no quería que se asomase a su mundo emocional privado, por lo que contestó:

—Solo es el calor.

—Hoy lo mejor es quedarse a la sombra. A ser posible en casa, con las ventanas cerradas y un gin-tonic con hielo.

—Es que el niño siempre se queda dormido paseando.

—Y su madre estará falta de sueño, ¿no? —inquirió la mujer, de nuevo sin rastro de hostilidad.

—Ni se lo imagina.

—Vaya a pasear por el cementerio. Allí los árboles son grandes y dan sombra.

—Gracias por el consejo.

—De nada.

Ambas mujeres se dedicaron una sonrisa vacilante. Como es natural, seguían sin caerse bien, pero ahora se soportaban un poco más.

Angela se despidió diciendo «Hasta pronto», en parte esperando oír un «Esperemos que no», pero la frutera le devolvió el «Hasta pronto».

El cementerio se hallaba detrás de la iglesia, hacia la que ahora se dirigía Angela. De vez en cuando tiraba de la capota del cochecito, aunque al pequeño durmiente le daba la sombra, pero por si las moscas. Angela contemplaba embelesada a aquel milagro de la vida, cuyo pecho subía y bajaba. Era tan delicado... Tan frágil... Adorable en el más estricto sentido de la palabra: digno de adoración.

Mientras entraba en la callejuela que discurría junto a la iglesia de St. Petri, Angela todavía no sospechaba que dentro de un instante se toparía con una persona a la que encontraría muerta a la mañana siguiente en ese mismo cementerio. Como tampoco se imaginaba que antes conocería a un atractivo hombre que la haría replantearse la propuesta de Silvio de hacerse un peinado «seductor». Pero, sobre todo, no tenía ni idea de que su pequeño y adorable durmiente pronto correría un gran peligro.